



1854-FRESNO-1954

La Nación



EL GENERAL PRESIDENTE

Los festejos con que el Fresno conmemora la fundación de la ciudad tienen un sentido de homenaje al Excelentísimo Señor Presidente de la República, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla, por acuerdo unánime de la ciudadanía. Y, para dar más resonancia a la efemérides, se ha incorporado la fecha memorable al día inicial de su gobierno, que es el punto de partida de la revolución moral de más denso contenido que se haya desarrollado dentro de la nación colombiana, en todos los tiempos.

La empresa de restauración y de reforma que se ha impuesto el General Presidente, al culminar en éxito completo, será registrada en la historia colombiana como una de esas épocas de gran trascendencia que imprimen cauces nuevos a la vida común. Su aparición en el estrado más alto de la política y del gobierno, en los momentos graves en que las instituciones democráticas estaban envueltas en las sombras del caos, detuvo la anarquía. En ese instante se inició la reforma. Para adelantarla con fortuna ha sido necesaria la fortaleza moral, la limpieza de corazón, la nobilísima concepción del estado como entidad cristiana y la voluntad de obrar, que son propias de hombres superiores. Reconstruir es más difícil que crear.

Y como el General Presidente está logrando la reconstrucción de la patria, en condiciones que aseguran un porvenir en que han de realizarse desde el gobierno las reglas de justicia, igualdad de derechos y deberes, paz por convicción, libertad sin abusos, ni reticencias y conjunción de los ideales del pueblo con los de la patria, sus atributos humanos y su contextura espiritual se confunden con los que han singularizado a los grandes reformadores de pueblos. Por eso, el pueblo que no se equivoca, se congregó al pie de sus purísimos ideales y quiere confundir su adhesión con la energía de su voluntad. El Fresno se regocija en el General Presidente.

El Departamento



Teniente Coronel

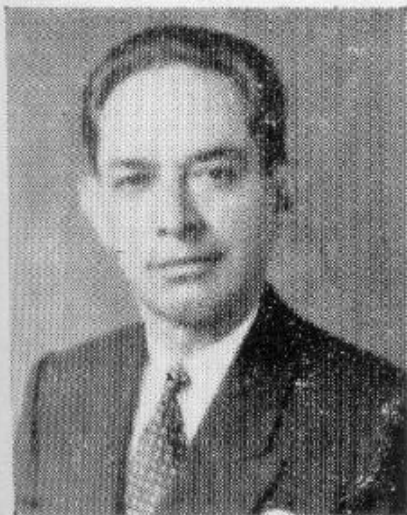
Comandante General Valdivia

EL GOBERNADOR

El Gobernador, Teniente Coronel César Augusto Cuelar Velandia, recibe, en esta fecha, un tributo de adhesión y gratitud, de la ciudad del Fresno. Su calidad de militar pundonoroso y de estadista certero, le merecieron la designación para dirigir los destinos de la población tolimense, en los más difíciles días de su historia, de conformidad con las normas de gobierno trazadas por el Excelentísimo Señor Presidente, Teniente General Gustavo Rojas Pinilla. Ha desempeñado sus funciones con acierto reconocido y con lealtad indeclinable. Es uno de los más fieles intérpretes de la política del General Presidente, que ha realizado con gran decoro y decisión en todos sus actos de gobierno. Dió la paz a los tolimenses y está restaurando la vida colectiva en todos sus aspectos. El pueblo lo reconoce y estima como uno de sus mejores servidores y agradece y respalda su gran obra de gobernante y de patriota.

El Municipio

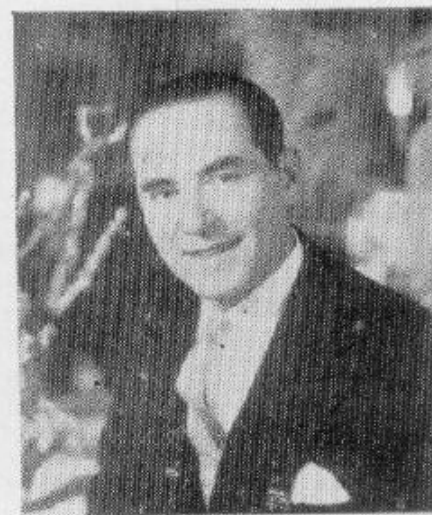
La Administración Municipal



Don Carlos Hurtado
Personero



Don Humberto Saleme Sus
Alcalde Municipal



Don Jesús Bohorquez
Tesorero

El Fresno

Su Monografía

El Fresno

Prehistoria

Durante la conquista del Tolima por los españoles, se desarrolló al norte del Departamento, un violento drama de sangre y fuego entre una población de indígenas de origen caribe, como los Pijaos del sur, y tan altivos e indomables como ellos. Eran los Gualies y los Palenques, de la gran nación Pantágora. Pero, "Palenque" no es palabra que corresponda a determinada tribu familiar; más bien con ella se ha designado genéricamente a los Pantágoras que vivían en la vasta región comprendida entre el río Gualí y el de La Miel. Viene esta designación circunstancial del hecho de que estos guerreros vivían en cercados o "palenques", que eran fortalezas construidas de madera, en especie de círculos concéntricos, en algunas de las cuales cabían hasta cuatro mil personas. Los Palenques ocupaban los territorios pertenecientes actualmente a los municipios de Fresno, Victoria, La Porada, Samaná, Marquetalia, Pensilvania, Manzanares y Marulanda. Hay quienes afirman que a esta nación pertenecían los indios amaníes, los zamanaes y los que vivían en las hoyas del Porce y del Nechí.

Poderosos, bravos e indómitos eran los Palenques.

Tenían todas las características raciales de los Pijaos y como éstos, ascendencia caribe. Poseían el hábito de deformarse el cráneo para hacerse plana la frente, lo que conseguían aplicando a los niños recién nacidos un sistema de tablillas que les presionaba los huesos hasta donde lo creyeran necesario. La mayor parte se cortaba el pelo a la altura de los hombros; otros, al rape. Y los consideraban como más valientes y esforzados guerreros se hacían coronas como los frailes. Estos eran los "coronados". Con excepción de la tribu de los amaníes, no eran antropófagos los Palenques. Sobre esto de la antropofagia, de que se acusa con tanta acerbía a la mayor parte de las tribus indígenas que poblaban el Tolima, censurándoles esa costumbre como un vicio abyecto, como una degeneración, como el brote del instinto bestial, se ha escrito mucho, pero no se ha discutido nada. Sin embargo, no sería difícil establecer que la antropofagia, a través de las edades, no ha sido vicio, sino una necesidad circunstancial impuesta al hombre por el medio y sus condiciones de vida, que ha desaparecido espontáneamente en cuanto el ambiente vital se modifica y tales circunstancias desaparecen. En tanto, que los vicios no se desarrai-

gan tan fácilmente. No ha habido campañas organizadas contra el canibalismo, como sí existen contra el alcohol, los estupefacientes y el tabaco que son puros vicios de gentes civilizadas. El hecho tiránico es, que el hombre, hecho de carne, necesita comer carne, por ordenación ineludible de la naturaleza, para restaurar el desgaste. No se ha registrado el hecho de que el hombre dejó de sacrificar una res por sacrificar otro hombre y llevar carne a su caba.

Como los Pijaos, los Palenques eran agricultores. De ello no se desprende que dispusieran de permanente hacienda agrícola. La agricultura cuando fué adoptada por el hombre como profesión, lo obligó a arraigarse en determinadas regiones que fueron las bases de las primeras civilizaciones. Los Palenques no eran sedentarios. Vivían con el arco en el brazo. Sus huertas hacían parte de su estrategia. Cambiaban de sitio según las necesidades de las guerras. Pero tenían conocimientos agrícolas y cultivaban diversidad de frutos. Su base de nutrición era el maíz que, elaborado en tortas (arepas) cargaban en sus morrales. Algunos de las regiones comarcanas a la patria de los Palenques, densamente pobladas actualmente y de gran fortaleza para la faena diaria, deben a ellos, con la afluencia de su sangre, el gusto por el maíz y su energía. Producían yuca, ahuyamas, papayas, legumbres; consumían frutas, palmito, y, como tenían cierto refinamiento de paladar, conservaban al humo ciertas piezas

de cacería que eran bocados predilectos en ceremonias y festivales. Del maíz y de las palmas reales sacaban sus licores que consumían copiosamente. Al humo conservaban también el pescado que adobaban con ají y con las aguas de las fuentes salinas. Su contextura era recia, de poderosos músculos. Estos hombres fueron defensores celosos de su tierra y de su libertad. Eran expertos en el arte de la guerra. Encerrados en sus palenques eran invulnerables a los ataques de las otras tribus indígenas y, en muchas ocasiones, los usaron con éxito en las acometidas de los conquistadores. Como los Pijaos, se defendían de la caballería española, cavando grandes fosos, estacados en el fondo, que cubrían con débiles maderas y delgada capa de tierra. En las vereditas de la montaña montaban trampas, de fuertes y pesados maderos, para cazar infantes españoles, como si fuesen piezas de monte. Eran grandes los arcos de disparar sus flechas envenenadas con jugos de plantas y con la ponsoña de algunos animales; al cinto llevaban hachas de piedra y largas lanzas de macana al hombro. El abrupto medio en que vivían contribuyó a dar a los Palenques la necesaria fortaleza para superarlo. Eran los más aguerridos, los más dominadores, los más bravos y ágiles de la región. Construyeron puentes de bejucos sobre los ríos, los que todavía son usuales en algunas regiones del Tolima y delante de sus fortalezas tenían fosos con trampas de madera removibles, como en los castillos de los caballeros medioevales. Fueron ilimitados los recursos estraté-

tre estas gentes, que estaban mucho más cerca de civilización nombre de los reyes de España y de la cultura, don Francisco Núñez Pedroso el cruel, y don Gonzalo Jiménez de Quesada, para sembrar de ruinas la montaña y desviar el curso de la historia.

Los Palenques guerreros

En 1549 se encontró Francisco Núñez Pedroso, por primera vez, con las tribus de los Palenques. Debía pacificarlos por orden del gobierno de Santafé. De la las cálidas riberas del Magdalena y se interna en la cordillera. De repente, la falange de guerreros palenques le hace frente, en defensa de su tierra y de su libertad. Las poderosas fuerzas del español ganaron la batalla y se tomaron las fortalezas de los palenques. No hubo prisioneros. Los sobrevivientes del combate se retiraron a reponerse y reorganizarse. Pedroso necesitaba indios vaquianos que lo condujeran por la selva. Ordena que un grupo de soldados se guarezca sigilosamente en algunas chozas de las abandonadas por los indios en su derrota. Y cuando, confiadamente llegan los nativos a reposarse, confiados en que los extranjeros habían continuado su marcha, los toman de sorpresa los ocultos soldados de Pedroso y, como prisioneros de guerra, se los entregan al Capitán. Unos quedaron como esclavos; a otros, se les dió muerte inmediata; y a los restantes, Pedroso les hizo

mutilar las manos que, atadas con cordeles, se las colgaron al cuello, para que, puestos en libertad, sirvieran de escarmiento entre sus compañeros. No sirvieron para escarmentar, ni para intimidar; pero fueron el péndulo que marca, a través de la historia, la crueldad inútil y el sadismo de los conquistadores.

Una mañana topó el Capitán con un caserío de los Palenques. Lo rodea. Intima rendición incondicional a sus moradores, en vez de brindarles paz, cordialidad y los bienes, desconocidos por ellos, de la vida cristiana. No se entregan ante las amenazas los nativos. A los conjuros de Pedroso responde un guerrero con el silbido de su flecha que se clava en la frente de un soldado de apellido Malatés quien, poco después, muere entre las contorsiones del veneno. Pedroso es cruel y no perdona. A los pocos instantes un cerco de llamas rodea y oprime el caserío. No tienen cómo, los guerreros palenques, saltar el obstáculo de fuego para entregar sus vidas en lucha cuerpo a cuerpo. Algunos se ponen un nudo corredizo al cuello y se cuelgan de las vigas de sus ranchos; otros, que no tienen cordeles, se tiran a las llamas. Todos entregaron su cadáver calcinado. Apenas estaban perdiendo el último calor los despojos de más de cuatrocientos aborígenes, se lanza sobre ellos, como perros, la soldadesca de Pedroso, a desprender de las orejas y las narices de los muertos las chagualas y las ajorcas de oro, según el testimonio del Padre Aguado, cronista de Pedroso. No ten-



Fresno de hoy y de ayer

El paisaje es el mismo, solo que el constante progreso ha hecho que la panorámica de ahora presente una moderna ciudad comparada con la existente hace 50 años.



dría muy en calma la conciencia este verdugo cuando se retiró de aquellos sitios para internarse en el corazón de la selva, camino del valle de Aburrá. Pero, a poco tiempo regresa, vencido y solitario, a dar cuenta de sus hazañas y desgracias al gobierno de Santafé.

El 8 de agosto de 1551 firma el mismo Capitán Pedroso, en Santafé, la capitulación por medio de la cual se compromete a fundar una ciudad que sea el centro de la industria minera en la región de los ricos yacimientos encontrados por Hernán Venegas. Ha de ser San Sebastián de Mariquita. Se pone nuevamente en viaje hacia las tierras calientes, de las cuales es ya corregidor don Juan de Aguilar. Viene rodeado de lujosa comitiva. Se trata de una fundación que debe dar gloria y renombre. Lo acompañan Pedro de Saucedo, que debe ser alcalde; Francisco Pérez de Esquivel, Miguel Jiménez y el Maestre Juan que serán regidores, y el escribano Juan Rodríguez Verdugo. No podía faltar un verdugo en las huestes de Pedroso. Entre burlas y veras suele ser sarcástica la suerte o la casualidad. El 8 de agosto de 1552 funda Pedroso la ciudad de San Sebastián, en la loma de Tolaima, y le fija términos, según diligencia fechada el mismo día; y el 8 de enero de 1553, a orillas del Gualí, dispone y verifica su traslado al lugar en donde está, "junto a los indios de Mariquita".

El Cacique Yuldama

Mariquita, en pleno llano, creció y se enriqueció; mostraba lujosas residencias, grandes comodidades y mucho oro se guardaba en las arcones de los afortunados encomenderos y prebendados. Por sus calles pasaban las recuas de don Alonso Ruiz de Sabañoza y otros personajes, con cargas de plata, de diez arrobas cada una, en dirección de los puertos de embarque, vía del viejo mundo. Algunas tribus de Pañenques se habían resignado a la servidumbre y perecían entre los socavones o hacían parte del personal doméstico y de labranza de los encomenderos. Pero, en las montañas tomaba cuerpo el rencor contra los españoles. Territorios pertenecientes hoy al municipio del Fresno eran las provincias indias de dominio y mando del cacique Yuldama, que no había entregado su independencia ni pensaba entregarla. Cultivaba algunas relaciones con los encomenderos, pero recelaba de ellos y no podía ahogar el repudio recóndito de los extranjeros.

Amores y Guerras

Francisco Jiménez no sólo era acaudalado terrateniente, sino que se había hecho al amor de una india pantágora de la cual tenía una hija. Cuentan crónicas que

era bella la mestiza en quien se conjugaban la fuerza opulenta de la raza brava de la montaña y los acopios blancos de la estirpe europea. Blanca feminidad, con un núcleo ancestral de sanas savias silvestres. Debía de ser seductora la muchacha mestiza. Esencias europeas en pomo de pantágora. Yuldama se enamoró de la mestiza y la requirió en matrimonio. Pero el español se la negó. Ya ella era de superior raza a la raza montañera de Yuldama. Pero el cacique insiste. En su interior chocan los sentimientos del manso varón enamorado y del guerrero indómito. Se pone el guerrero en servicio del enamorado y una noche, como otras noches de esas en que por una mujer se ha puesto en conmoción un pueblo, hace presa de la mestiza hembra de sus amores y la llevó a su bohío de la montaña. Esa noche, la selva se estremeció de amores. Atrás, había dejado Yuldama el cadáver de Francisco Jiménez y de sus sobrinos Diego y Hernando, como tributos de su pasión.

Pero el cacique no se entrega a los arrobos de su amor, porque sabe que los blancos no perdonan, y se propone parar el golpe de su venganza. Atruenan la selva con fotutos y zambombias convocando a guerra. Los heraldos indios notifican a los caciques y bien pronto los veteranos de las montañas, numerosos y trémulos de coraje, juran fidelidad a Yuldama y muerte a los españoles. Lanzas y dardos y hondas y macanas y hachas de piedra están dispuestas. Brillan los penachos de plumas de los caciques

y en orden perfecto, en columnas compactas, se van cantando en busca de la batalla. En el valle de Onimes, cerca de Guarinó fue el choque brutal. Los españoles, a la vista de los legionarios palenques, temieron por la victoria. Les falló la moral desde el principio. Eran tantos y estaban tan bien dispuestos los palenques. Bravura contra bravura; odio contra odio; hierro contra macana; linaje blanco contra raza india; acero y piedra; amor y venganza. No hubo arma, ni sentimiento que no quisieran aniquilarse mutuamente en el combate brutal. Allí quedó tendida la flor y nata del ejército español, y Yuldama puso a los pies de su mestiza los gajos de la victoria. Pero no había sido sino el primer encuentro. El gobierno de Santafé tembló de pavor ante el formidable triunfo de los Palenques y llamó al mejor de sus veteranos en las guerras contra nativos, a restaurar el prestigio de las armas de León y de Castilla. Fue la última oportunidad para don Gonzalo Jiménez de Quesada, ya viejo, solitario y pobre. Los casinos de Nápoles y Roma habían visto rodar en filas rutilantes las chagualas de oro y las esmeraldas que se había incautado de los tesoros de los príncipes indígenas. Ahora, no le quedaba otro camino a su vejez que la restauración, por la espada, de su antiguo prestigio de General invicto. Y tuvo un tañido claro de campana vieja, su corazón cansado. Nuevos guerreros castellanos de apellidos ilustres se apostaron bajo sus banderas: Hurtados de Mendoza, Herreras, López, Chaves, Rocas, Monteros, Vegas y Machados, Rangeles y

Tinocos; los más brillantes jóvenes y los más dispuestos para la pendencia. Y con ellos, las mejores tropas. El General Jiménez de Quesada entendía muy bien las cosas de la guerra, y estaba dispuesto a emplear, antes que el arrojo y la temeridad que ya no formaban parte de su espíritu, los aprendizajes de la experiencia, en el empeño de llevar a su cabeza blanca, el último laurel.

No hay para qué decir que fue ciclópeo el segundo y final encuentro. Y como el veterano español sabía tirar a la cabeza, allí quedó tendido para no volver a levantarse el cacique Yuldama. Trabado en lucha cuerpo a cuerpo con el cabo Juan Esteban, la fortuna fue del español y la muerte de Yuldama. Allí quedaron también Hurtado de Mendoza, sobrino del General y treinta veteranos españoles más.

Entre los caciques Palenques tomaron estatura heroica en el curso de la contienda Homdama, Abea, Uniatepa, Cimara, Unicoá, Ujiate, Totor, Niquiatepa, Cirurcua hijo de Yuldama y Pomponá su tío. Caidos estos titanes, las tribus sin jefes se entregaron a la servidumbre española que era la forma más despiadada y lenta de la muerte. Estos hombres vivieron en los territorios que hoy pertenecen a los municipios de Fresno, Mariquita, Honda, Herveo, Casabianca y Falan. Fueron la base del mestizaje del norte del Tolima. Hoy, como núcleo puro, sólo queda la comunidad de Bocanete. Dice Fray Pedro Simón que

de toda la nación Pantágora o Palenque, después de las guerras y el trabajo forzado de las minas, no quedaron más de mil quinientos hombres. Quedó la montaña limpia de aborígenes y de españoles. Y asegurado, en gracia de la incompetencia de los conquistadores, el hecho trágico de permanecer improductivas, fuera de la economía del Tolima, sus feraces cordilleras y montañas durante el lapso de tres siglos de languidez y de retraso. Y no se inculpe de ello a la población del llano. Que allí quedó sentada, como una losa, toda la herencia romántica y desidiosa de los españoles, hasta cuando recibiera el calentano el soplo de la sangre de gentes de otras latitudes.

El Llano y la Montaña

De norte a sur y en el oriente, durante tres siglos estuvo silenciosa y sola la montaña. Ni una columna de humo que denunciara el fogón de una vivienda. Los hombres del plan tenían un respeto vil por la selva. Lo habían aprendido. No había más tolimenses que los calentanos del plan. Y el plan era ancho y bello de paisaje, pero seco y anémico.

El primer movimiento económico de la llanura hacia la montaña se inició inmediatamente después de la destrucción del Chaparral por un terremoto el 16 de noviem-

bre de 1.827. Gentes procedentes de otros sitios de la república se instalaron en la nueva fundación, que quedó instalada en los primeros bancos de la cordillera central, sobre la hoya del río Amoyá. Ideas frescas importadas por hombres nuevos rompieron la vieja tradición que llevo al tolimense a vivir sólo del pastoreo, en tierras más o menos ineptas para esa industria. Uno de ellos, recién instalado en el Chaparral nuevo, revolucionó el sistema de vida, perorando en todos los mercados domingueros, sobre las excelencias del cultivo del café, cuyos granos ponía, por primera vez a la vista de los sorprendidos campesinos. Hizo su fundación; distribuyó semillas gratuitamente; enseñó a implantarlas, a hacer los cultivos y a elaborar el grano que, luego, les compraba. Empezaron las gentes a abrir claros en los flancos de la montaña para implantar cafetales. El vecino municipio de Ortega se contagió del entusiasmo por el nuevo cultivo. Pero todo el resto de las dos cordilleras permaneció al margen de todo trabajo.

Los fundadores

A fines de la primera mitad del siglo pasado unos hombres que buscaban la manera de vivir de su propio esfuerzo, se desprendieron de algunas poblaciones antioqueñas y se internaron en las montañas del sur de ese departamento, en solicitud de tierras de

cultivo. Ante las autoridades y leguleyos que los arrojaron de los sitios en que habían abierto los primeros claros, declararon, en papel sellado: "Hemos sido llevados a este movimiento por nuestra extrema pobreza en bienes materiales y por la escasez de tierras, ya para cultivarlas como propias o en las cuales podamos construir habitaciones para nosotros y para nuestras familias". Pero tuvieron que abandonar sus fundos iniciados. Ni los conquistadores españoles, ni el gobierno en cuyo nombre operaban, tuvieron el propósito de desarrollar en sus colonias una política agraria, pero ni siquiera de estimular la agricultura. La tierra era del dominio absorbente de la Corona que la otorgaba en conseción a solicitantes influyentes, mediante la expedición de cédulas reales o de "capitulaciones". No importa que los adjudicatarios de extensos territorios no los trabajaran jamás. Tenían su título feudal y con eso bastaba para impedir ante los tribunales que los hombres de trabajo trataran de ponerle en producción. Así sucedió con los primeros expedicionarios que se propusieron implantar cultivos en las montañas australes de Antioquia. Y cuando, acosados por los leguleyos y las autoridades y la tradición colonial, tenían que levantar sus toldas, no pensaron nunca en regresar a los pueblos de que procedían. Continuaban abriéndose camino con el machete en la maraña de la selva, siempre hacia el sur. Un sitio habrían de encontrar en que libres de autoridades estorbosas y de terratenientes ociosos, pudieran fundar, crear, disponer de un pedazo de tierra "en

donde reposar sus sienes" y civilizar la montaña. Los incisos y los artículos de las "capitulaciones" seguían tras de ellos como antiguamente los cerros de presa de los conquistadores tras los talones de los aborígenes. Finalmente, algunos lograron levantar vivienda, derribar la selva, implantar cultivos sin que nadie pudiese molestarlos. Fueron los titanes de la montaña. Atrás quedaban, muy lejos, Sonsón y Salamina. Delante de los exploradores marchaban Fermín López y José Hurtado. Habían salido de Salamina en 1.839 y después de muchas fatigas lograron llegar hasta el Quindío Este grupo de hombres intrépidos, esforzados y pocos fueron los iniciadores del gran movimiento colonizador al cual se debe la incorporación a la economía y a la civilización de toda la región montañosa, antes de ellos desconocida e inviolada, que se desprende de Salamina hacia el sur. A ellos se debe la fundación de todas las ciudades y pueblos que hoy son centros comerciales, agrícolas e industriales a lado y lado de la cordillera. Son los creadores, que rompieron el necio prejuicio aristocrático de los españoles de la Colonia de que "el trabajo ennegrese, empobreciese y embruteciese". Pero ellos lo habían hecho verdadero, pues vivieron en la opulencia, como parásitos de la población indígena. Por eso pudo decir Rodríguez Freile: "en el Tolima se acabó el oro cuando se acabaron los indios".



Don Miguel Calderón, ejemplo de laboriosidad, fallecido a los 95 años, el 5 de agosto de 1.928.



Don Eliseo Calderón Rugeles, único sobreviviente de la raza pujante de los fundadores del Fresno, y su dignísima esposa.

Niñez de ayer, señoría de hoy



Sentados: Enrique Giraldo y Mario Espinel.

De pié: Primera fila: Isabel Herrera, Numa Giraldo, Hilda Alzate (hoy señora de Matarros), Julia Tanco, Teresa Ramírez, Hortencia Men (hoy señora de Galindo).

Segunda fila: Elva Peña, Romelia Cuartas (hoy señora de Suarez), Ana Mendieta (hoy señora de Mendieta), Elisa Giraldo (hoy señora de Estman), Dora de Lozano.

Tercera fila: María Orozco, Edilma (hoy señora de Sasbur), Lucila Mendieta, Cecilia Suarez, Numa Florez, Elisa Florez.

Esfuerzo y respuesta

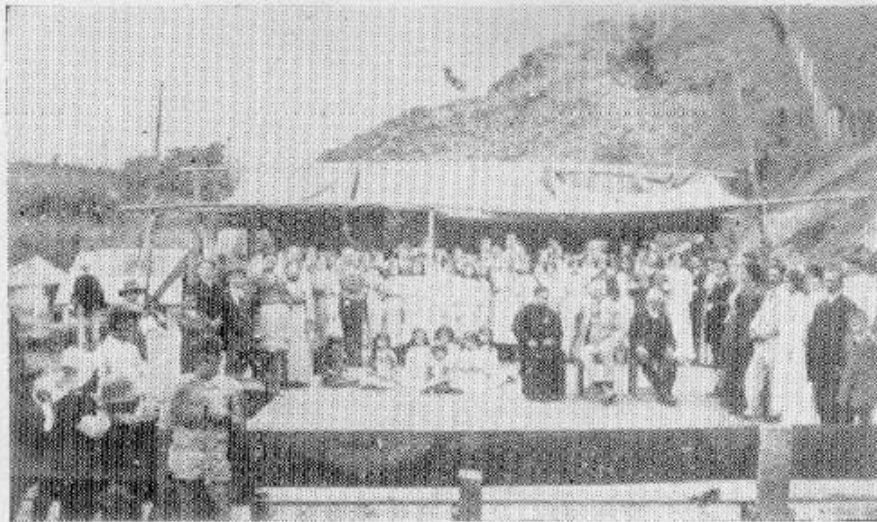
El impulso y las dificultades de estos hombres para remover la montaña quedaron gráficamente registrados en la frase de Benicio Restrepo cuando empezaba a derribar un monte: "A un lado serpientes, alacranes, avispas, tarántulas, hormigas rondadoras, tragos y fantasmas, diablos y demonios, que aquí va un hombre con hambre".

Estas redentoras migraciones de antioqueños ocuparon primero los flancos y vertientes occidentales de la Cordillera Central y cuando ya aquellas vastas regiones habían entrado en plena producción y estaban cuajándose de ciudades y poblados, cultivos y dehesas, trastornaron la cima de la montaña y desparramaron su vigor laborioso en la zona comprendida entre los ríos Guarinó y de la Miel y el Boquerón del Quindío. A fines del siglo pasado habían instalado campos de labranza, instalaciones de minería, cría de ganados e industrias de madera en lo que entonces era el extremo norte del Departamento del Tolima. Muchos núcleos de población empezaron a prosperar en aquellas comarcas. La asociación de hombres de empresa dio origen a varias ciudades que hoy son modelos de civilidad, centros de producción y de cultura y fuentes de sangre nueva con que empieza a renovarse la vieja y tranquila población tolimense que durante tres siglos demoró en el llano, inmodificada y solitaria, pen-



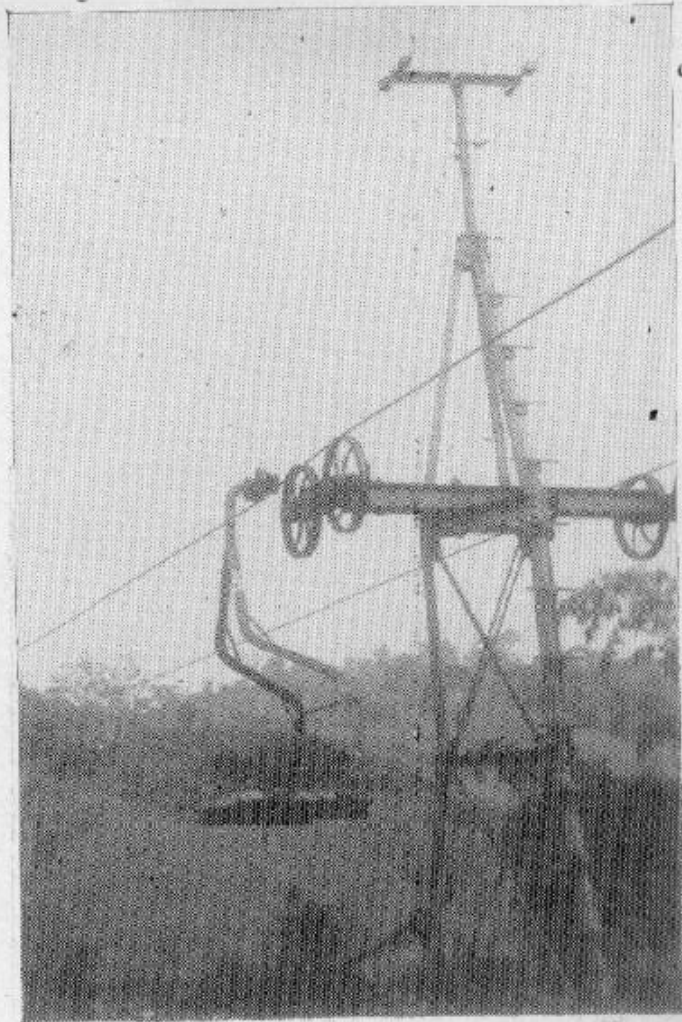
PAISAJE

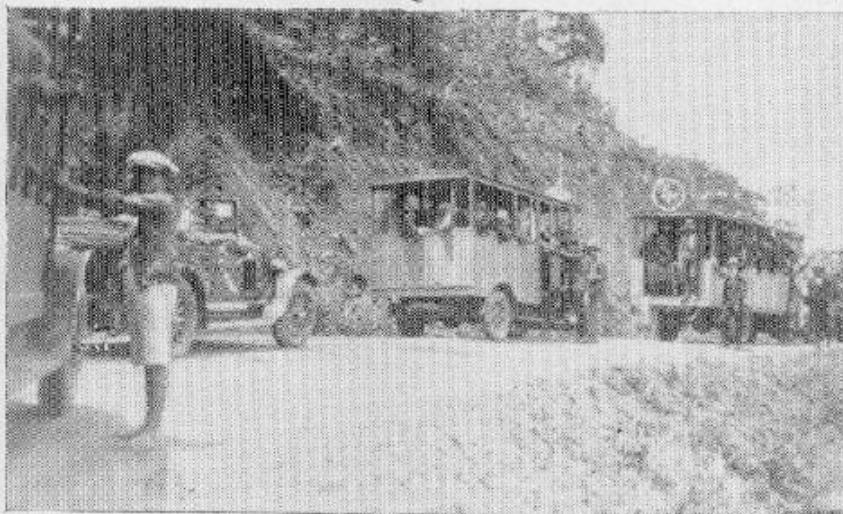
Al fondo, la carretera que vá hacia Mariquita.



En 1915, El Fresno fué unida a Manizales con el Cable Aéreo, constituyendo, aún, uno de sus mejores servicios para el transporte de la carga.

La fotografía muestra el acto de la inauguración y sentados, aparecen el Párroco de entonces, Reverendo Padre Juan B. Cortés, don Jaime Linday, director de la obra y don Pedro Echeverry. En la otra, el Cable en funcionamiento.





La carretera a Mariquita, inaugurada en 1930.

sando en su tradición y devanando ensueños. El primero de los grupos humanos de la cordillera del norte del Tolima que se erigió en sociedad civil, fue el que levantó la ciudad del Fresno, al pie de los Altos del Aguila y del Cielo.

Fresno y su fundación

La fundación no fue el ejercicio ostentoso del derecho de la fuerza; ni una usurpación, ni un sojuzgamiento, como los que registraron en diligencias escritas, un tanto pedantescas, los conquistadores españoles, cuando se incautaban de las chozas de alguna agrupación indígena y le daban un nombre que guardó después la historia. Allí no estuvo don Gonzalo Jiménez de Quesada, ni don Hernán Venegas, ni Francisco Núñez Pedroso, con heróicos ademanes y su espada sonámbula rasgando el viento, en desafío de un enemigo inexistente que se opusiera a la toma violenta de la tierra para regalo de su Majestad el Rey de España. Allí, la mano abusiva y ruda del soldado fundador no arrancó tallos de hierba, pero la mano fecunda del hombre dominador de la montaña ya había cargado de simientes la tierra elegida. En el momento de la fundación, las gentes del lugar ya constituían un organismo social. El hecho de la fundación, como acto oficial, no era otra cosa que el resultado de la previa fecundación de la tierra, con el trabajo duro y

honesto. Los fundadores le daban nombre, y nombre de árbol de montaña, a lo que ya habían creado. A nadie molestaban con el hecho porque estaban dentro de la propiedad que al fin les deparaban sus fatigas. Después del éxodo por las montañas y las selvas, perseguidos de la justicia, de la incomprensión catalogada en leyes y de los rufianes que las manejaban, según su sabor y su provecho, los exploradores ya tenían a su ojos extensas praderas cuajadas en frutos, alquerías ricas, trapiches crujendo y oro que saltaba de los socabones. Todo esto era riqueza que procedía de su inteligencia y de sus músculos y vida civilizada y culta que por primera vez emergía de las hondonadas, se arraigaba en las laderas y subía a los picachos. Era un erial al que le iban a imponer un nombre, para incorporarlo a la vida civil de la república. Era toda una creación. No la teórica fundación de los españoles. Sino la presencia de cosa viva que ya venía palpitando en la entraña de la patria. No podía haber mejor ceremonia de fundación para un bautizo de tan alto linaje. Fresno es un árbol, y Fresno sería el nombre de la ciudad. No podía ser más adecuado al símbolo: el personaje de la selva anclado en la civilización de la ciudad.

Pero allí estaban, presentes en la ceremonia, en medio de tanta vida actuante, unos hombres inteligentes, músculos hasta el exceso, rugosas las frentes de sufrir y del doloroso proceso de crear. Sus manos trascendían todavía a los aromas acres de las cortezas y las frondas

selváticas. Pero ya no estaban tristes, sino jubilosos y triunfantes. Y las sombras de los Palenques caídos hace siglos, en holocausto de su libertad y de esa tierra que se muestra ahora tan libre como ellos quisieron conservarla, prodigando vida para todos los que quieran fecundarla, debieron de ponerse en fiesta, en el paraíso de agua y selva que su mística religiosa les tenía preparado para el descanso ultraterreno.

Los que no vacilaron ante las temeridades de la montaña, allí estaban ahora, trémulos de emoción: Miguel de los Ríos, Bonifacio Miranda, Celedonio Ospina, Dionisio Obando, Norberto Gaviria, Antonio Obando, Lino Flórez, Cipriano Díaz, Pedro y Miguel Calderón, Francisco Pini-lla y Domingo Díaz; y por allí andaba el Coronel Anselmo Pineda, y otro egregio varón, del que en seguida se hablará.

El Coronel Pineda obtuvo del gobierno central que el caserío se erigiera en aldea; era una categoría entre la fundación y la ciudad, que le daba personería civil. Todo esto fue en 1857. Casi tres siglos antes, en 1574, el Adelantado, General y Mariscal don Gonzalo Jiménez de Quesada, después del exterminio casi total de los Palenques, fundó, no se sabe con exactitud, si en el emplazamiento de la ciudad actual, o en sus cercanías, la ciudad de "Santa Agueda del Gualí". No tuvo larga vida. No podía subsistir. Las ciudades no se fundan caprichosamente.



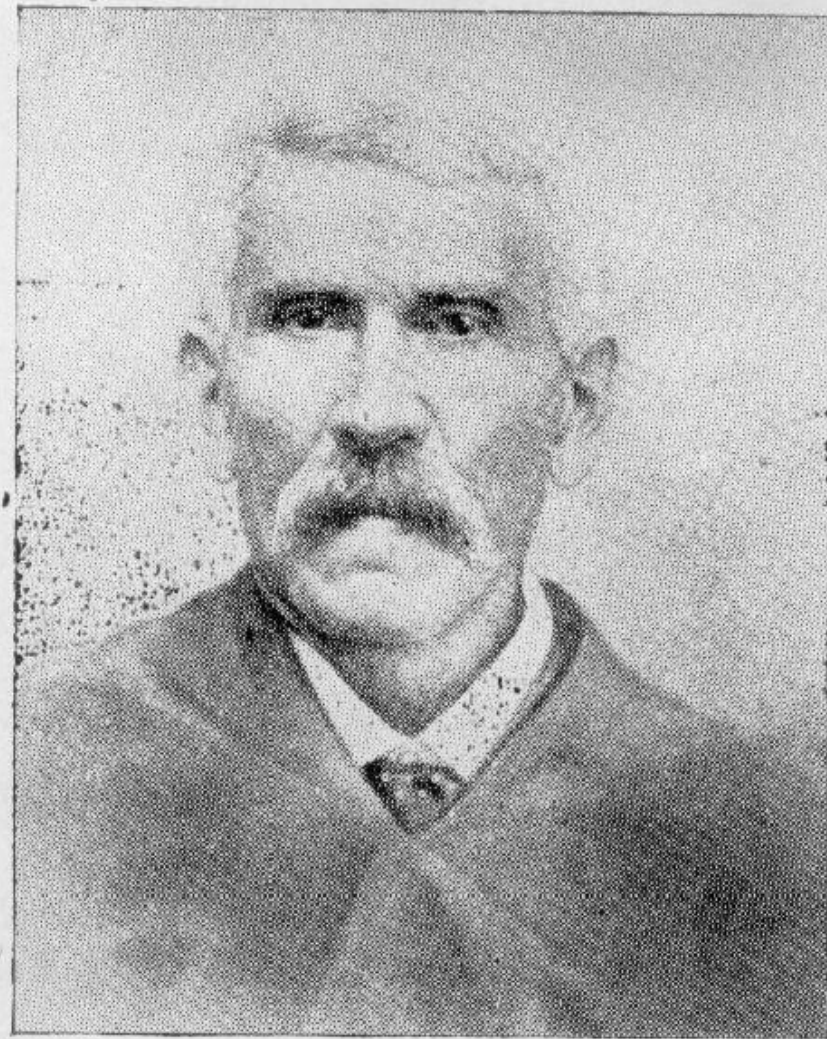
Don Elías González y señora esposa, hijo del General Pantaleón González y quien, como su padre, fué mucho lo que sirvió al Fresno.

te y sin esfuerzo. Son el resultado de las energías aplicadas dolorosa y tesoneramente al trabajo humano, dentro del empeño del hombre de crear para sobrevivir y superarse. La ciudad es el resultado de la congregación de las gentes laboriosas de la misma región, para cumplir con los designios ciegos y tiránicos de la especie, de auxiliarse, protegerse en común, fortalecerse y amarse. Una ciudad no se pone, en cualquier sitio, como lo querían los españoles; se crea; y la creación es todo un proceso biológico. Santa Agueda no es, de consiguiente, un antecedente histórico y racional del Fresno. Fue una frustración. Mientras que el Fresno es el afortunado e indeclinable corolario de una ordenación de energías lógicamente aplicadas por el hombre a la tierra prolifera, dispuesta a fecundarse de ellas. Por eso ha sido firme y sostenido el curso de su desarrollo y de su prosperidad como célula sana de su organismo social en formación. Es ciudad sin historia, como alguien dijo de Manizales, en cuanto la historia es un desdoblamiento del hombre hacia el pasado, y completó su pensamiento de esta manera, dirigiéndose a los hijos de Manizales: "Quien desque conoceros, eu lugar de peregrinar hacia atrás en busca de vuestros orígenes, tiene qué avanzar hacia el porvenir para encontraros". Así, los hijos del Fresno, tienen también su historia por delante. Ya llevan brillantes páginas escritas, pero constituyen una sociedad tan nueva que tiene largos trechos por andar, para que dé de todo lo que tiene en formación.



La vieja casona Municipal, destruída por el incendio que azotó al Fresno en 1.940, fué reemplazada por un nuevo edificio, muy moderno por cierto. Y el empedrado, testigo de una época romántica, se cambió por el pavimento.





El General Pantaleón González

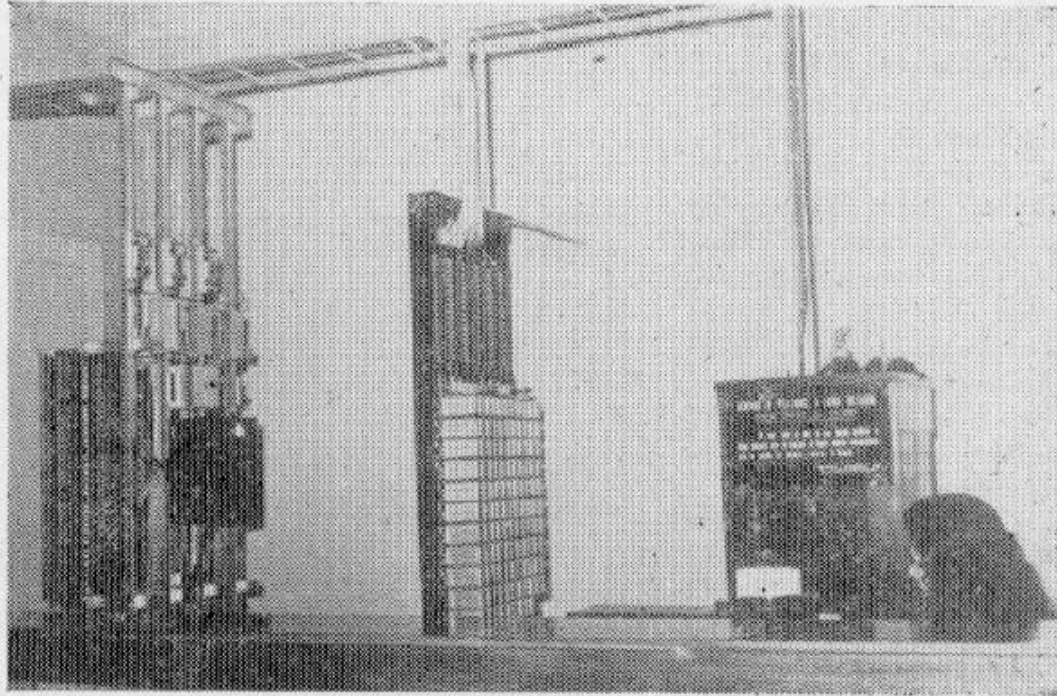
El Propulsor

Una reseña sobre el Fresno quedaría trunca si nada se dijera en ella a cerca de un hombre cuya personalidad fue una síntesis racial y un extraordinario caso humano: el General Pantaleón González. No le vino la categoría militar como fruto de desvelos y de erudición, al servicio de estudios o de disciplinas castrenses. Le vino, le llegó, por hombre; como la riqueza, como la jerarquía social; como su destacada posición de fundador de industrias; de ingeniero sin academia; de economista sin más escuela que la vida práctica, la inteligencia fulgurante, el carácter catoniano, la voluntad audaz, la imaginación efervescente y el corazón firme como el péndulo que nunca se desborda. Fue un hombre de la mejor estirpe, entendiéndolo por estirpe la conjunción de las mejores cualidades humanas. Pobre principió su lucha como todos los que se acogieron a la montaña y millonario murió, no obstante el derroche piadoso de su fortuna. Fue la base angular de la prosperidad de Manizales y de toda la región que la circunda. Agricultor, fundó, enriqueció y sostuvo en perfecta organización dilatadas extensiones agrarias; industrial, introdujo el funcionamiento de máquinas a vapor en varias industrias cafeteras y de otro orden que creó; minero, modernizó y mecanizó la explotación aurífera con sistemas que después aplaudían los académicos; ingeniero, i-

deó, trazó y construyó el camino de herradura más audaz, desde las graníticas alturas de la Moravia hasta Mariquita, sobre abismos de vértigo y hondonadas profundas; ganadero, montó extensas dehesas con reses de selección; humanitario, sostuvo, por todo el tiempo de su vida, empresas que no le daban un adarme de utilidad, con tal de no privar del pan a sus trabajadores; magnánimo e hidalgo, sus adversarios políticos, como el General Uribe Uribe lo confiesan; militar, lo dicen sus galones. Solamente siendo como era, laborioso hasta la terquedad, pudo fundar y sostener en prosperidad creciente las numerosas empresas a que vinculó su energía, durante el pasado siglo de tantas convulsiones políticas y habiendo militado en siete guerras. Concurría a ellas, por honesta fidelidad a sus principios doctrinarios y lealtad con sus jefes. Nunca fue acusado de intrépido con el adversario. Hecha la paz, olvidaba la política y era solidario de todos los hombres de trabajo. Tal grandeza de espíritu hizo que todos los hombres de bien se disputaran su amistad y sus consejos. Este gran señor fue uno de los fundadores del Fresno y el propulsor inicial, pero efectivo y práctico, de su progreso. Los vecinos de la ciudad guardan su memoria con respeto y veneración. Fabio Lozano Torrijos, Emilio Robledo, Fidel Cano, Rafael Uribe Uribe, Tomás Carrasquilla entre otros muchos escritores austeros, ha hecho el merecido elogio y reconocimiento de don Pantaleón González, ejemplar eximio de una nación y de una raza.



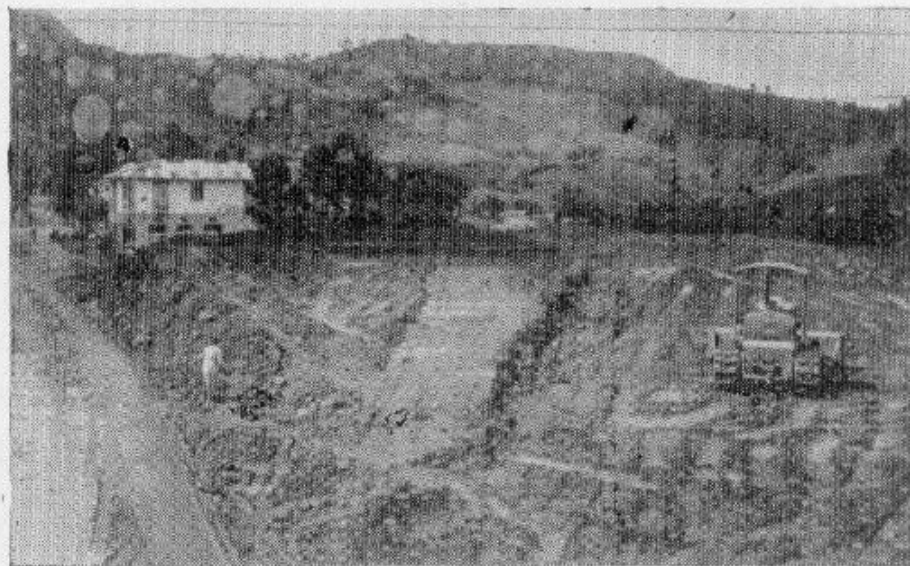
Trabajos de pavimentación



La Planta de Teléfonos Urbanos, índice inequívoco del progreso de una ciudad.

El hecho económico

Los suelos de buena calidad se pueblan rápidamente y son un seguro de prosperidad sólida y de crecimiento. El Fresno ha crecido con tanta rapidez, en el breve curso de cien años, por la excelente calidad de sus suelos. El hombre no busca las arenas del desierto, sino el humus. La superficie del municipio mide 150 kilómetros cuadrados y dentro de ella vive con holgura económica una población de 21.484 habitantes que son 10.244 hombres y 11.240 mujeres, o sea que el municipio contiene y sostiene y enriquece 143 personas por kilómetro cuadrado. Es el más alto índice de población, por unidad superficial, en todo el territorio del Tolima. Este es un hecho económico y demográfico de gran categoría. Pero impone también, a los vecinos de tan afortunada región, el deber delicadísimo e ineludible, de adoptar una eficiente política de conservación de los suelos, para que no se detenga o decaiga el rendimiento del trabajo, ni desfallezca la energía de la tierra. La principal riqueza municipal deriva del cultivo del café en 1.676 fincas que que contienen tres millones, quinientos treinta y siete mil, trescientos setenta (3.537.370) árboles, cuya producción promedio es de libra por cafeto. También este es el promedio más alto entre todos los cafetales del Departamento. La producción total por cosecha es de 28.298 cargas de 125 kilos. El laboreo del café se realiza en



La actual administración municipal inició la construcción de un barrio para obreros, que llevará los apellidos del Gobernador Teniente Coronel Cesar Augusto Cuellar Velandia. He aquí, el movimiento de la tierra.



Palas, carretillas y obreros. Todo, con el afán de hacer del Fresno una ciudad digna de sus hijos.

1.260 despulpadoras accionadas a mano, pero existen unas treinta, o más, accionadas por fuerza motriz. En orden descendente, los principales productos son el maíz y la panela, pero es numerosa la variedad de víveres, propios de las zonas templadas.

La ganadería de raza oregi-negra se ha extendido considerablemente, tanto, que hace años, algunos granjeros estaban cediendo las tierras de labranza para dehesas. La minería fue en los primeros tiempos la principal actividad económica. En los últimos años sólo se han explotado tres minas de oro, de aluvión, en las fracciones del Tablazo, Barreto y Pavas.

Posición geográfica

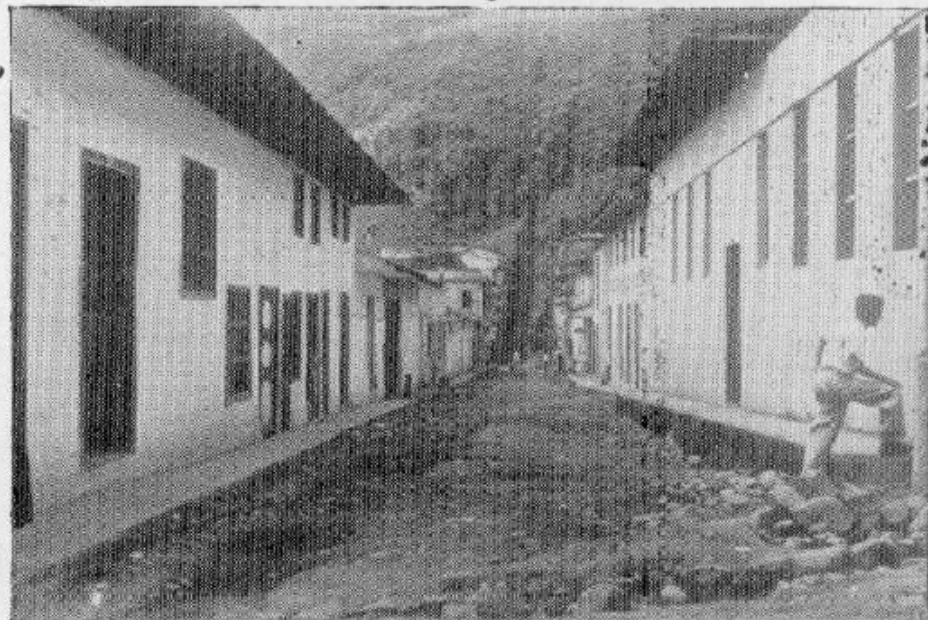
Las fronteras municipales tocan por el norte con el Departamento de Caldas; en esta dirección entraron los colonizadores; por el sur con los municipios de Casabianca y Falan; por el oriente con Mariquita que es su salida al llano; y por el occidente con Herveo y el Departamento de Caldas. Está pues, el área municipal fijada en la vertiente de la Cordillera Central. Las aguas del Guarínó y del Gualí fecundan buena parte del territorio y son, a la vez, líneas fronterizas por el norte y por el sur. En tales ríos desaguan numerosas quebradas las principales de las cuales son: Providencia, Rascaderal, Barreto, Gua-

rumo, San Rafael, Campeón y Nicuá. Nacen dentro del territorio del Fresno los ríos Sucio y Medina; corren en dirección oriental y desembocan en el Gualí, en territorio de Mariquita. La totalidad de la superficie es montañosa y de gran feracidad.

La propiedad

Ya se han anotado las 1.676 fincas cafeteras. La totalidad de las fincas rurales gravadas con impuesto predial es de 3.150, cuyo avalúo oficial es de \$ 10.958.918.00; las urbanas son 852, cuyo valor es de \$ 2.956.870.00. El valor total de propiedad gravable sería, de trece millones novecientos quince mil setecientos ochenta y ocho pesos (\$ 13.915.788.00); pero debe ser mucho mayor, pues, generalmente para cuestiones tributarias, en el Tolima, por costumbre inveterada, no se hace figurar la propiedad privada en su verdadero precio.

El censo de 1.951, que es una deficiente aproximación a la realidad, registra 3.450 edificaciones en toda la extensión territorial del Fresno. Este dato es muy bajo, si se considera que la totalidad de las fincas entre urbanas y rurales es de 4.002, y no hay finca rural que no tenga casa de habitación por estrecha que sea y de escasas comodidades.



Un aspecto típico de sus calles.